

CAB ROULE EN INGLÉS, Y TAMBORÚ EN CALÓ

El día siguiente, que era el 3 de junio de 1832, fecha que debemos consignar á causa de los sucesos graves que estaban suspendidos sobre el horizonte de París en el estado de nubes cargadas, Mario, al caer la noche, seguía el mismo camino que la víspera, con los mismos pensamientos placenteros en el corazón, cuando vió entre los árboles del boulevard á Eponina que se dirigía hacia él. Dos días seguidos de encuentro era demasiado. Se volvió rápidamente, salió del boulevard, cambió de camino y se fué á la calle Plumet por la calle de Monsieur.

Eponina le siguió hasta la calle Plumet, lo que no había hecho nunca hasta entonces, pues se había contentado con verle al pasar por el boulevard, sin tratar de encontrarle. Sólo la víspera le había hablado.

Eponina le siguió, pues, sin que él lo supiese, le vió separar el hierro de la verja y entrar en el jardín.

—¡Calla!—dijo.—¡Entra en la casa!

Se acercó á la verja, tentó los hierros uno después de otro y encontró fácilmente el que Mario había separado.

Y entonces murmuró á media voz con lúgubre acento:

—¡Nada de eso, Lisette!

Se sentó en el estribo de la verja y al lado del hierro como si le estuviese guardando. Aquel punto era precisamente el extremo de la verja que tocaba á la casa próxima y se formaba allí un ángulo obscuro en que se ocultó completamente Eponina.

Así permaneció más de una hora sin moverse y sin respirar, entregada á sus ideas.

Hacia las diez de la noche, una de las dos ó tres personas que pasaban por la calle Plumet, un viejo que se había retardado y pasaba muy de prisa por aquel sitio desierto y de mala fama, costeano la verja, al llegar al ángulo que ésta formaba con el jardín, oyó una voz sorda y amenazadora que decía:

—¡No me admiro de que venga todas las noches!

El transeunte miró al rededor, no vió á nadie, no se atrevió á mirar á aquel rincón obscuro, tuvo un gran miedo y redobló el paso.

Aquel transeunte hizo bien en marcharse corriendo, porque pocos momentos después seis hombres, que iban separados y á corta distancia unos de otros á lo largo de la pared y que habrían podido confundirse con una patrulla de policía, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó á la verja del jardín se detuvo y esperó á los demás: un segundo después estaban todos reunidos.

Aquellos hombres se pusieron á hablar en voz baja.

—Aquí es,—dijo uno de ellos.

—¿Hay algún tamború (1) en el jardín?—dijo otro.

(1) Perro.

—No lo sé. Pero en todo caso he acabelado (1) una bolita que le haremos jamelar (2).

—¿Has traído la pasta para romper la clariosa? (3).

—Sí.

—La verja es vieja,—dijo el quinto, que tenía voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor,—dijo el segundo que había hablado.—Así no goleará (4) bajo la sorda (5) y no costará tanto ciselarla (6).

El sexto, que no había abierto aún la boca, se puso á examinar la verja, como había hecho Eponina una hora antes, empuñando sucesivamente cada barra y moviéndolas con precaución. Así llegó al hierro que Mario solía quitar. Cuando iba á cogerle, una mano que salió bruscamente de la sombra le agarró el brazo; al mismo tiempo se sintió rechazado por medio del pecho y oyó una voz que le decía sin gritar:

—Hay un tamború.

Y vió una joven pálida delante de él.

El hombre sintió esa conmoción que produce siempre lo inesperado. Quedóse horriblemente estupefacto; no hay nada más horrible que las fieras inquietas; su aspecto atemorizado es temible. Retrocedió y murmuró:

—¿Quién es esa pícará?

—Vuestra hija.

(1) Traído.

(2) Comer.

(3) Ventana. Para romper los vidrios usan los ladrones una pasta que se extiende sobre el vidrio y retiene los pedazos, evitando el ruido.

(4) Chillará.

(5) Lima.

(6) Romperla.

En efecto, era Eponina que hablaba á Thenardier.

A la aparición de Eponina, los otros cinco, es decir, Suenadinero, Tragamar, Babet, Montparnase y Brujón, se habían acercado sin ruido, sin precipitación, sin decir una palabra, con la siniestra lentitud propia de estos hombres nocturnos.

Se les veían algunos repugnantes útiles en la mano. Tragamar tenía una de esas pinzas cortas que los vagos llaman tenazas.

—¡Ah! ¿Qué haces aquí? ¿Qué nos quieres? ¿Estás loca?—exclamó Thenardier, gritando todo lo que se puede gritar en voz baja.—¿Quieres acaso impedirnos trabajar?

Eponina se echó á reír y saltó á su cuello.

—Estoy aquí, padrecito mío, porque estoy aquí. ¿No me es permitido sentarme sobre las piedras ahora? Vos sois el que no debéis estar aquí. ¿Qué venís á hacer si esto es un bizcocho? (1). Ya se lo dije á la Magnón. No hay nada que hacer aquí. Pero abrazadme, mi querido padre. ¡Cuánto tiempo hace que no os he visto! ¿Estáis ya fuera? ¿Estáis libre?

Thenardier trató de librarse de los brazos de Eponina y murmuró:

—Está bien. Tú me has abrazado ya. Sí, estoy fuera. No estoy dentro. Ahora vete.

Pero Eponina no dejaba de hacerle caricias.

—Padre mío, ¿qué habéis hecho? Debéis tener mucho ingenio cuando habéis salido de allí. ¡Contádmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mi mamá.

Thenardier respondió:

—Está buena; no sé; déjame; te digo que te vayas.

(1) Casi imposible.

—No quiero irme ahora,—dijo Eponina con un mimo de niño enfadado;—me despedís, cuando hace cuatro meses que no os he visto, y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Y volvió á echar los brazos al cuello de su padre.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Qué tonta!—dijo Babet.

—Despachemos,—dijo Tragamar,—que pueden pasar los corchetes.

La voz del ventrílocuo midió estos versos:

Ya no hay nadie que diga
Papa ni mama.

Eponina se volvió hacia los cinco bandidos.

—¡Calla! El señor Brujón. Buenos días, señor Babet. Buenos días, señor Suenadinero. ¿No me conocéis ya, señor Tragamar? ¿Cómo estáis, Montparnase?

—Sí, se acuerdan de tí,—dijo Thenardier.—Pero buenos días, buenas noches y largo. Déjanos tranquilos.

—Esta es la hora de los lobos y no de las gallinas,—dijo Montparnase.

—Ya ves que tenemos que maquilar (1) aquí.

Eponina le cogió la mano á Montparnase.

—¡Ten cuidado!—dijo éste.—Te vas á cortar; tengo un churi (2) abierto.

—Mi querido Montparnase,—respondió Eponina dulcemente,—es preciso tener confianza en las personas. Yo soy tal vez la hija de mi padre. Señor Babet, señor Tragamar, yo me he encargado de dar luz á este negocio.

(1) Trabajar.

(2) Navaja.

Es de notar que Eponina no hablaba en caló. Desde que conocía á Mario, se le había hecho imposible esta horrible lengua.

Apretó con su pequeña mano, huesosa y débil como la de un esqueleto, los gruesos dedos de Tragamar, y continuó:

—Ya sabéis que no soy tonta. Casi siempre me creéis; os he prestado servicios algunas veces. Pues bien: me he informado y os expondréis inútilmente. Ya veis. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

—Sólo hay mujeres,—dijo Tragamar.

—No. Los inquilinos se han mudado.

—Las luces no se han mudado,—dijo Babet.

Y enseñó á Eponina, al través de la copa de los árboles, una luz que se paseaba por la buhardilla del pabellón.

Era la tía Santos que había velado para poner la ropa blanca á secar.

Eponina tentó un último recurso.

—Pues bien,—dijo;—esta gente es muy pobre; sólo tienen una barraca donde no hay un sueldo.

—¡Vete al diablo!—dijo Thenardier.—Cuando hayamos registrado la casa y puesto la cueva arriba y el granero abajo, ya te diremos lo que hay dentro, y sin son calés, luas ó luqueles (1).

Y la empujó para entrar.

—Mi buen amigo, Montparnase,—dijo Eponina,—os lo ruego, vos que sois buen muchacho, no entréis.

—Ten cuidado que te vas á cortar,—dijo Montparnase.

Thenardier añadió con su acento decisivo:

(1) Cuartos, pesetas ó doblones.

—Lárgate, mujer, y deja que los hombres hagan sus negocios.

Eponina soltó la mano de Montparnase, que había vuelto á coger, y dijo:

—¿Os empeñáis, pues, en entrar en esta casa?

—Algo hay de eso,—dijo el ventrílocuo burlándose.

Entonces ella se recostó en la verja, hizo frente á los seis bandidos, armados hasta los dientes y que parecían en la noche unos demonios, y dijo con voz firme y baja:

—Pues bien: yo no quiero.

Ellos se detuvieron estupefactos. El ventrílocuo acabó su risa. Ella continuó:

—Amigos, escuchadme bien. Ya es otra cosa. Ahora hablo yo. Si entráis en el jardín, si tocáis á esta verja, grito, llamo á las puertas, despierto á los vecinos, y hago que os prendan á los seis, llamando á los agentes de policía.

—Y lo haría,—dijo Thenardier en voz baja á Brujón y al ventrílocuo.

Ella meneó la cabeza y añadió:

—¡Empezando por mi padre!

Thenardier se aproximó.

—No tan cerca, buen hombre,—dijo Eponina.

El retrocedió murmurando entre dientes: —¿Pero qué es lo que tiene?—Y añadió:

—¡Perra!

Y se echó á reir de una manera horrible.

—Seré lo que queráis, pero no entraréis. No soy hija de perro, porque soy hija de lobo. Sois seis; ¿y eso qué me importa? Sois hombres; pues yo soy mujer. No me dais miedo; marchaos. Os digo que no entráis en esta casa porque no quiero. Si os acercáis, ladro; ya os he dicho que soy el perro. No os temo. Seguid vuestro camino. ¡Me estáis fastidiando!

Idos donde queráis, pero no vengáis aquí, ¡os lo prohibo! Vosotros á puñaladas y yo á zapatazos: es un partido igual. Avanzad, pues.

Y dió un paso hacia los bandidos: estaba espantosa, y se echó á reír.

—¡Caramba! que no tengo miedo. Por el verano tendré hambre, por el invierno tendré frío. ¡Serán brutos estos hombres al creer que inspiran miedo á una mujer! ¿De qué? ¡Miedo! ¡Ah! Sí. ¡Vaya! ¡Porque tenéis ladronas de queridas que se esconden debajo de la cama cuando ahuecáis la voz! ¡Por eso! ¡Yo no tengo miedo de nada!

Y mirando fijamente á Thenardier, añadió:

—¡Ni aun de vos, padre!

Después prosiguió, paseando sobre los bandidos sus sangrientos ojos de espectro:

—¡Qué me importa á mí que me recojan mañana del suelo de la calle Plumet, asesinada á puñaladas por mi padre, ó que me encuentre dentro de un año en las redes de Saint-Cloud, ó en la isla de los Cisnes, en medio de viejos taponés de corcho podridos y de perros ahogados!

Le fué preciso detenerse; la acometió una tos seca; su aliento salía como un estertor de su débil y estrecho pecho.

Después prosiguió:

—No tengo que hacer más que gritar y vienen, y atrás. Sois seis; yo soy todo el mundo.

Thenardier hizo un movimiento para aproximarse.

—¡Acercaos!—dijo ella.

Thenardier se detuvo y la dijo con dulzura:

—Pues bien: no, no me acercaré; pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres que no trabajemos? Tenemos que ganarnos la vida. ¿No tienes amistad á tu padre?

—No me engañéis,—dijo Eponina.

—Pero es preciso que vivamos, que comamos...

—¡Reventad!

Y diciendo esto se sentó en el estribo de la verja, cantando:

Mi brazo fornido,
Mi pierna bien hecha,
Y el tiempo perdido.

Se puso el codo en la rodilla y la barba en la mano, y principió á menear el pie con indiferencia. Su vestido roto de aba ver sus delgados hombros. Un farol próximo iluminaba su actitud y su perfil; no podía haber cosa más resuelta y más sorprendente.

Los seis bandidos, admirados y disgustados de verse detenidos por una muchacha, se retiraron á la sombra, y celebraron una especie de consejo con movimientos de hombro, humillados y furiosos.

Ella, mientras tanto, les miraba con aire pacífico y esquivo.

—Algo la pasa,—dijo Babet.—Una razón. ¿Estará enamorada del perro? Es una lástima que lo dejemos. Dos mujeres, un viejo que vive en un traspatio, cortinas buenas en las ventanas. El viejo debe ser un judío. Creo que era un buen negocio.

—Pues bien, entrad vosotros,—dijo Montparnase.—Haced el negocio. Yo me quedaré con la muchacha, y si chista...

E hizo relucir á la luz del farol la navaja que tenía abierta en la manga.

Thenardier no decía una palabra, y parecía dispuesto á todo.

Brujón, que tenía algo de oráculo y que, como ya hemos dicho, era el inventor del golpe, no ha-

bía hablado aún. Parecía pensativo, pasaba por no retroceder ante nada, y se sabía que había robado, sólo por una bravata, un cuerpo de la policía. Además, hacía versos y canciones, lo que le daba una gran autoridad.

Babet le preguntó:

—¿Y tú, no dices nada, Brujón?

Brujón permaneció un instante silencioso, después movió la cabeza de varias maneras, y se decidió á hablar.

—Veamos: he encontrado esta mañana dos gorrones dándose picotazos; esta noche me encuentro con una mujer que riñe. Todo esto es mal presagio. Vámonos.

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnase murmuró:

—Si hubiesen querido, yo la hubiera dado el golpe de gracia.

Babet respondió:

—Yo no, porque no zurro á las señoras.

Al fin de la calle se detuvieron y cambiaron entre sí, en voz sorda, este diálogo enigmático:

—¿A dónde iremos á dormir esta noche?

—Bajo París.

—¿Llevas la llave de la verja, Thenardier?

—¡Vaya!

Eponina, que no separaba de ellos la vista, los vió tomar el camino por donde habían venido. Después se levantó y se arastró detrás de ellos arrimada á las paredes y á las casas: así los siguió hasta el boulevard. Allí se separaron y vió á aquellos seis hombres perderse en la obscuridad como si se fundieran en ella.

V

COSAS DE LA NOCHE

Después que se marcharon los bandidos, la calle Plumet volvió á su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en aquella calle no hubiera asombrado á nadie en un bosque. El arbolado, los sotos, los brezos, las ramas fuertemente cruzadas, las hierbas altas existen de una manera sombría; el hormiguelo salvaje descubre allí las súbitas apariciones de lo visible; lo que está por debajo del hombre distingue, al través de la bruma, lo que está por cima del hombre, y las cosas ignoradas de nosotros, los vivos, se confunden en la noche. La naturaleza salvaje se asusta con la aproximación de ciertas cosas en que se cree descubrir lo sobrenatural. Las fuerzas de la sombra se conocen y tienen entre sí misteriosos equilibrios. Los dientes y las garras temen lo que es incaptible. La bestialidad sedienta de sangre, los voraces apetitos hambrientos en busca de la presa, los instintos armados de uñas y de mandíbulas, que tienen el vientre por principio y por fin, miran y olfatean con inquietud el impasible perfil del espectro vagando bajo un sudario, de pie, envuelto en su tembloroso vestido, que les parece vivir con una vida muerta y terrible. Estas brutali-

dades, que no son más que materia, tienen confusamente la inmensa obscuridad condensada en un ser desconocido. Una figura negra que les impide el paso, detiene á una bestia feroz. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una boca.

VI

MARIO DESCIENDE Á LA REALIDAD,
HASTA EL PUNTO DE DAR LAS SEÑAS DE SU CASA
Á COSETTE

Mientras que aquella perra con figura humana montaba la guardia en la verja y los seis bandidos retrocedían ante una muchacha, Mario estaba al lado de Cosette.

El cielo no había estado nunca tan estrellado y tan hermoso, ni los árboles tan temblorosos, ni las hierbas tan embalsamadas; nunca los pájaros se habían dormido entre las hojas con más suave arrullo; nunca todas las armonías de la serenidad universal habían correspondido mejor á las músicas interiores del amor; nunca Mario había estado tan conmovido, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste á Cosette. Cosette había llorado; tenía los ojos encarnados.

Aquella era la primera nube en tan admirable sueño.

Las primeras palabras de Mario fueron:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—¡Ya verás!

Después se sentó en el banco cerca de la escali-